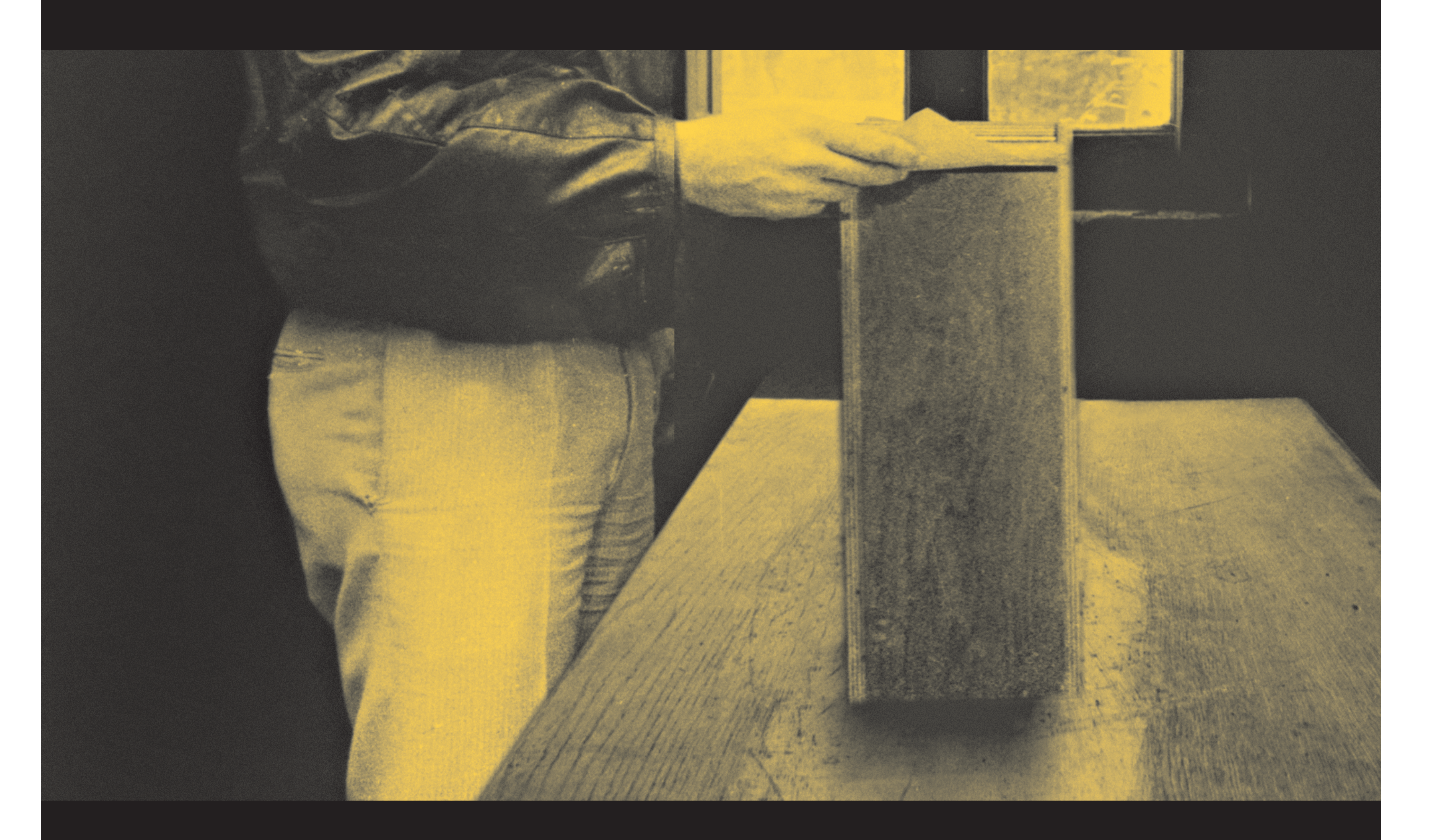
SUPLEMENTO ESPECIAL

A 25 años de las elecciones del 30 de octubre de 1983

Cuando volvimos a votar

Tras la derrota de Malvinas, la dictadura se derrumbó en pocos meses y al mismo tiempo la gran masividad de los actos de la campaña electoral mostraba el entusiasmo por el retorno a la democracia. Las elecciones del 30 de octubre de 1983 cerraban un ciclo y abrían la puerta a una historia nueva.



Escriben: Raúl Alfonsín, Mario Wainfeld, Luis Bruschtein, Nora Veiras, Santiago Rodríguez, Fernando Cibeira y Victoria Ginzberg

Testimonios: Antonio Cafiero, Aldo Neri, Carlos Gorostiza, Víctor Laplace, Hebe de Bonafini, Taty Almeida, Lita Boitano, Rosa Roisinblit, Laura Conte, Coco Blaustein, Pepe Soriano, Jorge Marrale, Luis Felipe Noé, Lito Cruz, el Puma Goity, Carlos Ulanovsky y Graciela Borges

PAGINA/12 / JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2008

Antes de Malvinas, los exiliados se preparaban para un largo destierro

El final del exilio

La mayoría de los exiliados ya había perdido las ilusiones de un pronto retorno. Entre la derrota de Malvinas y las elecciones del ‘83, apenas pasaron unos pocos meses y los hechos se desarrollaban vertiginosamente.

Por Luis Bruschtein

Apenas el exilio argentino había terminado de digerir la idea de que por mucho tiempo no habría vuelta al país, que los militares se eternizarían en el poder, que habría que empezar a tomar seriamente la idea de asentarse en el país de exilio y pensar un proyecto de vida como extranjero, cuando se produjo la guerra de Malvinas, el deterioro fulminante de la dictadura y las elecciones.

A nadie en el exilio mexicano se le hubiera ocurrido siquiera imaginar un año atrás que habría elecciones en la Argentina y la consecuente retirada de la dictadura. La primera reacción fue la perplejidad, después la suspicacia y ya en los últimos meses empezaron a pasar por México dirigentes allegados a uno u otro candidato, visitantes cercanos a Hipólito Solari Irigoyen, Vicente Saadi y algún dirigente del PI. En la actitud más relajada de estos visitantes, en su interés por captar adhesiones, se podía adivinar que las elecciones venían menos amañadas, que los militares estaban realmente en la lona y que se abrían perspectivas de retorno a la Argentina y a la democracia.

De todas maneras, la relación entre la política interna y los exiliados tenía sus altibajos. La mayor parte del tiempo, por temor, esa relación se parecía más a la que se tiene con una colonia de leprosos. El que salía afuera y tenía que regresar trataba de tener el menor contacto posible con los exiliados en el exterior, se hacían reuniones privadas y de pocas personas. En los meses previos a la elección de octubre del ’83 eso tendía a cambiar, pero era posible percibir una especie de cargo que pesaba sobre los exiliados por la historia de violencia anterior. Aunque las conversaciones eran francas y la alegría por el inminente retorno a la democracia unificaba, el embrión de la teoría de los dos demonios flotaba en el aire.

Desde el exilio era muy difícil hacerse un cuadro de situación de lo que sucedía aquí. Lo más difícil era calibrar hasta qué punto los militares retenían una cuota de poder, o la existencia de alguna negociación implícita –supuestamente inevitable para los cánones de la política de aquella época– para abrir esa puerta a la sociedad civil. Hasta hacía tan poco tiempo ejercían tanto poder, eran tan inalcanzables, que no se podía medir la profunda crisis que cruzaba a las Fuerzas Armadas después de Malvinas. Estaban destartalados y a la defensiva, pero en el exilio no se lo alcanzaba a visualizar. El proceso político de esos meses funcionaba a mucha más velocidad que el pensamiento a distancia y los escenarios cambiaban antes de que se los entendiera. Y además, los exiliados acababan de enterrar sus fantasías sobre un regreso victorioso o disimulado más o menos inmediato y este resurgimiento de un escenario que mostraba a las Fuerzas Armadas tan desarboladas era poco asimilable.

Es probable que hubiera voluntad de negociar aquí en la Argentina, por el lado de los partidos. Pero no había interlocutor. Ningún sector de las Fuerzas Armadas podía hablar en nombre de todos. Por su inclinación por las amnistías, justo cuando la dictadura se desesperaba infructuosamente por imponerlas, dio la impresión de que Italo Luder, el candidato del PJ, era el que había hecho la peor negociación.

Desde el exilio, el panorama se presentaba bastante cruzado. El discurso sobre los derechos humanos de Raúl Alfonsín era mucho más claro que el de Luder. Pero al mismo tiempo en el telón de fondo del candidato de la UCR ya asomaba en forma más o menos difusa el tema de los dos demonios, que a la mayoría de los exiliados les confirmaba esa condición de apestados. El peronismo, en cambio, no tenía esa relación con el exilio.

En resumen, el tercer candidato, que era Oscar Alende, del PI, tenía buen discurso sobre los derechos humanos y buena relación con los exiliados. El problema era que no estaba entre los ganadores posibles. Entonces la discusión en el exilio era bastante cruzada, no había alineamientos automáticos, salvo el de los pocos radicales que tenían una confianza ciega en Alfonsín. Los peronistas y los exiliados de izquierda estaban divididos entre esas candidaturas, aunque es probable que Alende hubiera ganado allí la elección. De todos modos, había un sector de peronistas que confiaban más en la condición plebeya del movimiento, en la presión popular, que en el discurso de Luder, y lo hubieran votado a pesar de su imagen poco lucida.

Para mérito de Alfonsín, más allá del pequeño grupo de radicales que lo apoyaban en México, debían ser muy pocos los que creyeran realmente que juzgaría a los responsables del horror. No había ningún antecedente en la historia. El escenario más posible que se abría en ese tema era el de una fuerte puja que en algún momento culminara en los juicios. El discurso de Luder cortaba de cuajo esa posibilidad o le daba un piso mucho más bajo.

En esos últimos meses de dictadura, la sensación era que al exilio le quedaba poco tiempo y ya no era tan importante lo que tenía que decir. Todo el juego político se había trasladado al país, y la cabeza de los exiliados estaba más ocupada decidiendo sus situaciones personales. Algunos empezaron a regresar para las elecciones, tranquilizados por sus familiares y amigos. Otros se disponían a hacerlo apenas se fueran los militares del gobierno. Y un sector importante estaba elaborando su radicación definitiva en el extranjero aunque ya no hubiera gobierno militar. Ya se había aflojado ese impulso desesperado que había mantenido durante ocho años la tarea de los núcleos de exiliados más activos en la solidaridad, la denuncia internacional y el debate sobre la historia reciente.

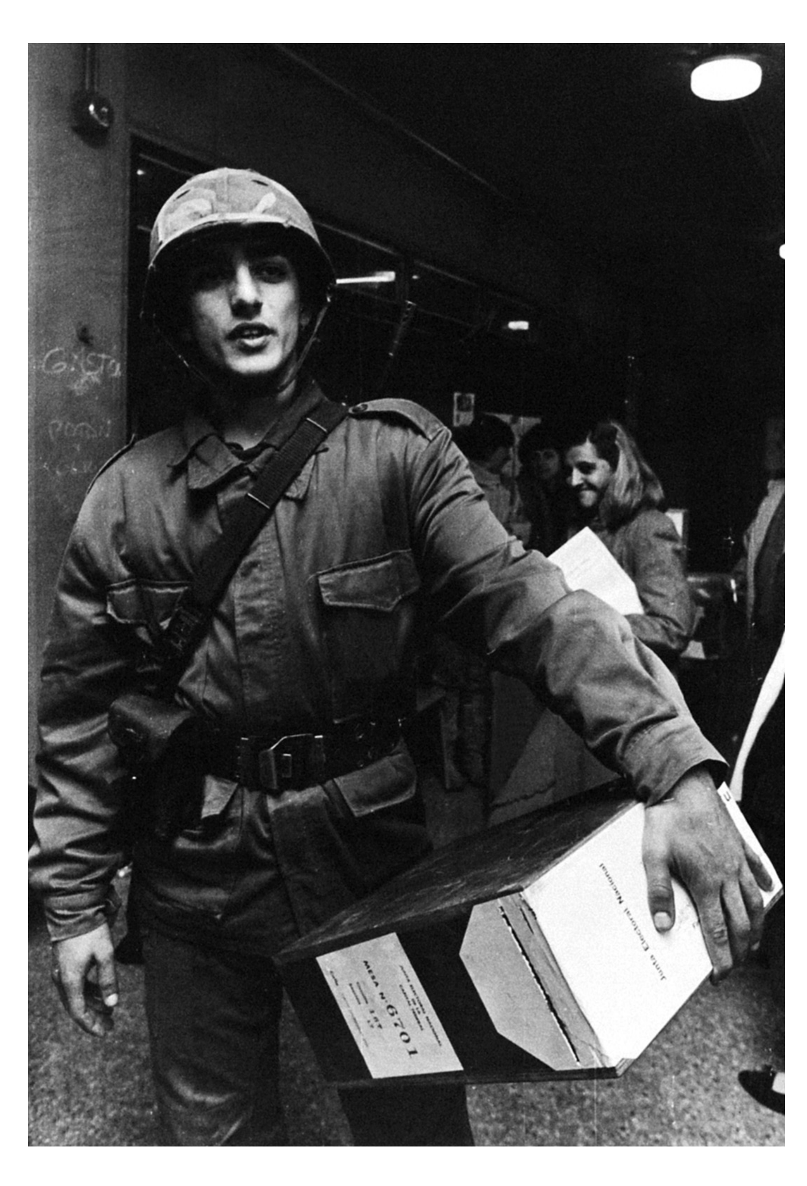
Los encuentros en el COSPA o el CAS –los dos comités argentinos– para discutir las elecciones emanaban un clima de despedida, de fin de ciclo, y menos de decisión política. Porque además –más allá de algunos contactos esporádicos–, ninguna de las fuerzas políticas que se presentaban a elecciones tenía vinculaciones fuertes con el exilio. El protagonismo que había tenido el exilio durante la dictadura, por las limitaciones que existían en el país, se esfumó en pocas semanas por esa inexistencia de puentes. Ya no había más nada que hacer en el exterior. Se podía pensar en quién era el mejor candidato, pero la pregunta que más resonaba era quedarse o regresar.

Quizás por ese motivo, las discusiones –sentadas sobre la íntima ebullición que producían esas decisiones de vida– muchas veces subían de tono y aparecían insospechados peronistas, radicales o alendistas fanáticos. Los actos de campaña se seguían con pasión, pero ya con la pasión del expectador.

La mayoría pensaba que ganaba el peronismo, casi no había dudas porque el exilio tenía la vivencia del país que había dejado años atrás. Cuando ganó la UCR, para los peronistas en general, incluso los que no habían votado a Luder, hubo tristeza por la derrota de un sector popular tras haber sido tan castigado por la dictadura.

Por otro lado, el triunfo de Alfonsín tenía algo de extraño y al mismo tiempo inasible, por lo rupturista con las certezas de otras épocas. Fue desconcertante. Y si no fuera que todo el mundo estaba más preocupado por los precipicios del retorno o del destierro definitivo, se le hubiera prestado más atención. Porque era el primer síntoma fuerte de lo que había cambiado la Argentina. Después de esas elecciones, cuando se fueron los militares, nadie volvió al mismo país, ni siquiera los que se habían quedado aquí.

La mayor parte del tiempo, por temor, esa relación se parecía más a la que se tiene con una colonia de leprosos.



El triunfo de Alfonsín tenía algo de extraño y al mismo tiempo inasible, por lo rupturista con las certezas de otras épocas.

Por Mario Wainfeld

–Yo llego al poder porque hubo un acuerdo implícito, me parece, en la ciudadanía que significaba que confiaba en nosotros para realizar la transición. Pero a medida que empecé a actuar en el campo social o en el campo económico, ese acuerdo se resquebrajó.

–¿Se resquebraja por derecha o por izquierda?

–Y... por los dos lados, por los dos lados. (Ríe.)

Raúl Alfonsín, ex presidente, en un reportaje radial realizado por el cronista en 2006.

“Con la democracia se come, se cura, se educa”, decía el candidato que sedujo a la sociedad y sonaba creíble. El diagnóstico, que era promesa, pecaba de voluntarista pero sintonizaba con lo que una sociedad herida deseaba oír. Era una justificación a priori, una carta de presentación superadora.

La restauración democrática llegó en torrente, como consecuencia de la aventura de Malvinas. Paradoja suprema, jamás metabolizada del todo: un gobierno militar, criminal y fracasado, se valió de una guerra para relegitimarse. Y ese disparate conceptual tuvo apoyos masivos inmensos que fueron búmeran cuando se develaron la mentira y la derrota. Ambas eran obvias, demasiados argentinos tardaron en percatarse. Ahí se aceleraron los tiempos, el régimen quedó muy acotado para fijar reglas de transición, pactos de convivencia. La aceleración transmutó el dolor de la derrota patriótica en excitación movilizada.

El cronista vivió dos transiciones de dictadura a democracia, anhela no ver ninguna más, deseo que hace ex-

Opinión

Por Raúl Alfonsín

La ocasión de aniversarios despierta generalmente la voluntad de ejercitar una mirada retrospectiva hacia los hechos que recordamos, en este caso con satisfacción, no por ser el 30 de octubre de 1983 el día de un triunfo electoral sino por ser el día de la celebración de las primeras elecciones después del largo túnel de la última dictadura militar.

Quizás el mayor motivo de satisfacción es que en estos 25 años que celebramos hemos trazado un destino que deja muy en claro hacia dónde no estamos dispuestos a volver los argentinos y hoy podemos afirmar con certeza que la dictadura militar que asoló nuestra República entre 1976 y 1983 fue, es y será la última. No seríamos sinceros si nos adjudicáramos este cambio de época: el espanto vivido, la aventura militarista de Malvinas y la comprobación de que las Fuerzas Armadas no son las que deban resolver los problemas que la política no sabe cómo atender son hechos fundamentales que hicieron del período que iniciamos en 1983 un tiempo fundacional.

Sin lugar a dudas, no somos nosotros los indicados para realizar un análisis objetivo de esta fecha: tampoco queremos hacerlo, sino transmitir de forma honesta y sin maniqueísmos nuestra visión, desde el conocimiento acabado del difícil contexto en el que se desarrolló nuestra acción de gobierno.

Gobernamos la Argentina

Vistazo a un cuarto de siglo

La aventura de Malvinas. El regreso de las movilizaciones. El Alfonsín que daba de comer, curaba y educaba. La certeza de que el peronismo no es imbatible, aunque cuesta ganarle.

tensivo a sus lectores contemporáneos o más jóvenes. Esto subrayado, valga decir que esos trances son torrentosos y entusiastas: los silencios se quiebran, las calles se pueblan, el espacio público cambia de color y se llena de música, las demandas crecen frente a gobiernos en retirada, la participación aumenta, exorbitante. La comparación con el horror de la tiranía acrecienta las diferencias de esas jornadas augurales.

Raúl Alfonsín decía que "con la democracia se come, se cura, se educa". No mentía, pero no podría cumplir sus profecías. Su agenda era muy precaria. Es fácil decirlo apoltronado en todo lo que sucedió después: no calibraba el peso de la deuda externa, tenía una lectura simplista acerca de los cambios sociales y económicos ulteriores al "rodrigazo", subestimaba los condicionantes internacionales, llevaba en sus alforjas un desarrollismo que atrasaba, por la parte baja, diez años. Esos, sus límites, eran los de todos sus competidores: el repertorio de ideas y de instrumentos disponibles por la corporación política estaba herrumbrado, lógico producto de haber estado en el freezer durante siete años. Las dictaduras embrutecen o aplanan aun a sus críticos y hasta a quienes se suponen neutrales o distraídos de su existencia. El cercenamiento de las libertades públicas, la clausura de los debates, achatan las mentes. El pluralismo, condición esencial del progreso intelectual y político, no germina en tiempos de prohibición y censura.

Alfonsín, el mejor candidato, no acertaba pero pintaba un horizonte entusiasmante, quizá necesario, reparador. Menospreciaba los escollos, sobrevaloraba sus potencialidades pero era, de lejos, el primus inter pares.

■■■

De repente, como si se sacara un tapón, las calles se poblaron. Las manifestaciones se hicieron moneda corriente. Las afiliaciones a los partidos políticos tuvieron un poco de dibujo, como Dios manda, pero eran multitudinarias y esperanzadas. En la semana previa al 30 de octubre los radicales y los peronistas armaron sendos actos en el Obelisco. Los números, en tales casos, siempre son aproximados. Orillaron el millón de personas, lo superaron, tanto da. Las comparaciones terminan siendo más certeras: hasta hoy jamás hubo actos de campaña de ese porte o, seguramente, que llegaran a la mitad de esas convocatorias.

■■■

La sed de tranquilidad y el hastío por la violencia dominaban la escena pública. El futuro presidente hablaba de vida, de paz, se distanciaba del gobierno autoritario, se mostraba como lo nuevo. Tenía con qué: al fin y al cabo, provenía de la minoría del partido que era oposición en 1976, antes del golpe. Debió ganar la interna partidaria, logro que le dio aire en la elección nacional. A Carlos Menem le pasaría algo similar entre 1988 y 1989.

El peronismo cargaba con sus tensiones internas, con la violencia de los '70, con posiciones asombrosamente disímiles frente a la dictadura y la violencia paraestatal: pudo estar en los dos extremos de la picana. Exceso de significados, carestía de autocrítica.

Las encuestas auguraban, al final, la victoria del radicalismo. Se les desconfiaba, porque se subestimaba el peso del pasado reciente y se analizaba la historia como un eterno retorno. Con la facilidad que da la perspectiva, hoy día parece asombroso el alto porcentaje que logró un peronismo que tuvo un flojo candidato (Italo Luder), complaciente con el poder militar, que hizo una campaña torpe y desprolija. Con esos lastres, la derrota fue bien explicable, la cantidad de apoyos una señal premonitoria del potencial justicialista.

El escrutinio de 1983, revisitado, arroja al menos dos datos perdurables. El primero, el peronismo puede perder en elecciones libres. El segundo, es que es duro de batir: desde entonces sólo cedió dos presidenciales (contra Alfonsín y Fernando de la Rúa) y dos parlamentarias: en 1985 y 1997 cuando despuntaba la estrella de la Alianza.

■■■

Alfonsín era un orador fogoso, mucho más legible que el barroco Ricardo Balbín, mucho más carismático que Arturo Illia. El 30 de octubre ganó al galope en el padrón nacional, en territorios que bramaban por él, como la Capital y en otros inesperados aún para sus correligionarios como la provincia de Buenos Aires. El peronismo rasguñó Santa Fe, el NOA y varias provincias "chicas" sentando otros precedentes durables: sus territorios casi imbatibles, su preeminencia en el Senado.

El Partido Intransigente (PI) de Oscar Alende imantó a jóvenes recién llegados a la política y a fogueados militantes de izquierda. En la Capital, Augusto Conte conmovió enarbolando la bandera de los derechos humanos. La movida que concitó lució mucho más amplia que el número de votos que le permitieron valieron su banca de diputado por la Democracia Cristiana. Seguramente, como el PI a nivel nacional, padeció el impacto de la polarización entre los dos grandes partidos. Pero fue un emblema y un hito de la inclaudicable militancia de esta etapa.

■■■

La vieja guardia del peronismo comenzó una derrota que dilataría con artimañas durante alrededor de tres años. Lorenzo Miguel, el gran elector y formador de las listas, ya había sido abucheado en la cancha de Vélez, el 17 de octubre, a menos de dos semanas de la votación. Era también el presagio de un cambio de guardia sindical; Saúl Ubaldini fue ovacionado en esos días.

Carlos Menem fue reelecto gobernador de La Rioja. Fernando de la Rúa ganó por goleada el cargo de senador porteño. Adolfo Rodríguez Saá llegó a su primer mandato (fueron cinco) en San Luis. Eduardo Duhalde fue reelegido intendente de Banfield. Cristina y Néstor Kirchner militaban pero no jugaban aún en ligas mayores, así fueran provinciales.

Mauricio Macri y Daniel Scioli ni pensaban en la política. Por entonces, eran niños ricos sin tristeza que disfrutaban de la vida y del patrimonio familiar.

■■■

Tres años, casi cuatro, duró la primacía de Alfonsín. La campaña y el primer año de su gobierno fueron su hora más gloriosa. Su liderazgo trascendía a su partido, aun en las formas: los peronistas críticos eligieron llamarse "renovadores", remedando el nombre del movimiento interno del jefe del radicalismo.

Llegó el Juicio a las Juntas, un jalón en la lucha por la verdad y la justicia. Luego el plebiscito por el canal de Beagle, un valorable rebusque democrático para ir saliendo de la encerrona de los conflictos limítrofes con Chile. Esas medidas, exitosas y hasta fundacionales, se tomaron a puro decisionismo. El Congreso quedó pintado en tales casos, también en otras menos logradas: el cambio de moneda (¿se acuerdan del austral?) o la negociación de la deuda externa.

Dos movilizaciones formidables concitó todavía el primer presidente de la restauración democrática. La primera, cuando pidió apoyo popular de cara a un posible golpe de estado, congregó una muchedumbre multipartidista y le devolvió la economía de guerra. La segunda, en Semana Santa. Derruida la confianza en la palabra presidencial, comenzó a perder el gobierno en abril de 1987. Comenzarían malos momentos para él. No fueron más ni menos reales que su hora más fastuosa, en la que fue el paladín de la democracia, el presidente que puso en el banquillo a los jerarcas militares, el político que abrió una etapa.

■■■

Hace 25 años era muy laxa la definición del delito en la Argentina. La tipificación y la pena quedaban en manos de la autoridad, sin codificación previa. La criminalización se expandía a la vida cotidiana, no se constreñía a la actividad política: podía serlo llevar el pelo largo los hombres (o suelto las mujeres), la barba, la minifalda. Colegios y universidades regulaban la vestimenta de los educandos. Besarse en la calle era un albur, que podía incitar el celo de los uniformados. Comer en la calle una provocación, juntarse muchos... vaya a saber. En siete años de dictadura fueron contadas las movilizaciones, casi todas fueron reprimidas, todas rigurosa y ostentosamente vigiladas. Cuánto, para bien, ha cambiado todo eso. Con demasiada frecuencia se olvida o se desdeña.

mwainfeld@pagina12.com.ar

El sendero proyectado

que despertaba a la vida con la firme convicción de la necesidad de recrear la cultura democrática de nuestro país.

Nuestro horizonte es y ha sido una constante para nuestro accionar: instaurar en nuestro país un Estado legítimo. ¿Qué significa esto? Que deseábamos incorporar normas que, sin menoscabo para la libertad, promovieran y aseguraran una mayor igualdad. También queríamos incorporar en la política y en la sociedad un orden moral fundamental que vinculara cada vez más la ética al derecho y a la política, y ésta a la sociedad a través de la teoría del consenso. Valores que son, para utilizar la descripción de Germán Bidart Campos, aquellos "que hacen buena y deseable la convivencia social, o sea los que se realizan en y por las conductas sociales del hombre". En esa dirección concentramos nuestros esfuerzos en un camino a todas luces sinuoso.

Sostuvimos el respeto a la ley y el nuestro fue el último gobierno que no hizo abuso de herramientas como los decretos de necesidad y urgencia y garantizamos la independencia y funcionamiento de los poderes.

Trabajamos por la justicia y la verdad, y llegamos más lejos que ninguna otra nación: juzgamos y condenamos a las cúpulas militares en un hecho que sigue siendo inédito en la humanidad.

Ejercitamos nuestra vocación de generar consensos, para terminar con la compartimentación de un país que atravesó 150 años de profundas e inconducentes divisiones, algunas de las que pretenden asomar en estos días de crispación. Para ello construimos un gobierno plural, donde no sólo había radicales tomando decisiones: compartimos el poder con peronistas, socialistas, demócratas cristianos e independientes y convocamos al Consejo para la Consolidación de la Democracia con mujeres y hombres de todas las fuerzas.

Dijimos en campaña que "con la democracia se come, se cura y se educa": el Plan Alimentario Nacional, el Plan ABC, el Programa de Alfabetización premiado por la Unesco, la apertura de hospitales como el Garrahan y el Seguro Médico Universal que la oposición vetó en el Congreso son parte de lo que la democracia puede hacer para mejorar las condiciones de vida de los pueblos.

Todo lo que hicimos, con aciertos y muchos errores, lo hicimos en paz y en libertad.

Y si bien quedamos con cuentas pendientes, podemos decir satisfechos que cumplimos con nuestra principal meta: construir –mediante el diálogo, el consenso y la ética– una democracia para el Estado y la sociedad argentina, que trascienda nuestro gobierno y siente las bases de 100 años de paz y prosperidad para la Argentina.

Nos resta a todos la ciclópea tarea de hacer de la democracia la conjugación de libertad e igualdad, participación y solidaridad. Para ello debemos fortalecer las herramientas de la democracia que estamos construyendo entre todos.

Este es el sendero proyectado.

PAGINA/12 / JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2008

La palabra de los dirigentes de organismos de derechos humanos

Alegría y emociones encontradas

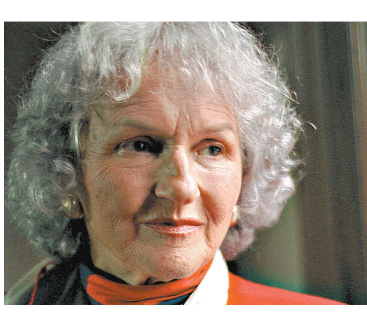
Taty Almeida,
Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora



"Fue un día conmovedor, no sólo en lo particular. Después de tantos años de horror, sufrimiento, poder elegir libremente a un presidente... Recuerdo que había una gran cola y todos nos mirábamos, sonreíamos de emoción, pero sin hablar, con la mirada nos decíamos todo. Recuerdo también que antes de salir puse la bandera argentina en el balcón de mi casa, después de tantos años. Voté y, por supuesto, teníamos hasta lágrimas, todos emocionados y sin hablar, era como un código. Llegué a mi casa, luego mi hija, mi yerno con los nietos, todos con sombreritos con cintitas coloradas y blancas, tocando bocina, y ahí me dejaron a los chicos y se fueron a votar. Después comimos todos juntos, fue un día de fiesta, con muchas esperanzas, con expectativas. Sobre todo como madre yo estaba muy esperanzada de que algo íbamos a saber, esa esperanza que una tenía todavía en 1983, aunque mi chico Alejandro está desaparecido desde 1975, veinte años tenía, pero lo mismo daba, 'algo se va a saber', decíamos. Fue un día muy particular. Alejandro figuraba en el padrón y lo sigue haciendo. No queremos que los saquen, porque eso significaría admitir que están muertos y políticamente jamás los vamos a dar por muertos. Pero pedíamos que se levantara un acta: 'no se presenta porque está detenido-desaparecido desde tal fecha'. En 1995, cuando salió la ley de ausente por desaparición forzada, empezamos a pedir que asentaran 'ausente por desaparición forzada por ley tal'. Era muy fuerte encontrar el nombre de Alejandro. Yo no tenía ningún empacho en pedir que hicieran el acta y la mayoría de quienes estaban en la mesa se conmovían."

Angela "Lita" Boitano,
Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas

"Yo estaba en Italia, con muchos exiliados. Recuerdo que fuimos al Consulado argentino en Roma, aunque sabíamos que no nos iban a dejar votar. Nos pusieron una marca, algo que significaba que no estábamos en el país. Los exiliados estábamos medio divididos, cada uno con su corazoncito, en una oficina que creo era un comité de exiliados, con uruguayos y chilenos, pero conectados por teléfono con Argentina. Esperábamos las elecciones como el pan de cada día. Volví el 16 de diciembre de 1983, seis días después de que asumió Alfonsín, con una gran carga de alegría y con todo lo que había aprendido de democracia en Italia. Llegué a Ezeiza con 75 kilos de equipaje, de los cuales 60 kilos eran papeles, fotocopias del trabajo que habíamos hecho, incluso del juicio a Suárez Mason en Italia, que terminó recién en el 2000. Recuerdo que la empleada de Aerolíneas me preguntó qué traía, y yo con todas las ínfulas y la alegría de estar en democracia le dije: 'todo el material hecho en Roma por los desaparecidos de la dictadura'. La mujer llamó a su jefe y le dijo algo al oído. El señor se acercó, me preguntó: '¿tiene familiares desaparecidos?' y le contesté que sí, un hijo y una hija. '¿Retenemos todo, señor?', preguntó la empleada, y él le dijo: 'no, de ninguna manera'. Yo venía tan segura que me hubiera puesto a gritar '¡estamos en democracia!', pero no fue necesario."



Hebe de Bonafini,
Asociación de Madres de Plaza de Mayo

"Las Madres no fuimos a votar, no creíamos en nada, teníamos muchas dudas. Por supuesto que no se prohibió, cada una tuvo libertad para hacer lo que quiso, pero la comisión directiva de Madres de Plaza de Mayo, después de muchas discusiones, decidió no ir a votar. ¿Con qué argumentos? Habían sacado la ley de presunción de fallecimiento, Alfonsín había negociado con los militares algunas cuestiones que ya conocíamos, había estudiado con Harguindeguy en el Colegio Militar, no confiábamos en Alfonsín. Claro que era mejor un civil que un militar, pero no había mucho para elegir. El jueves anterior a que asumiera marchamos como cada semana y dijimos 'empieza otra lucha'. Muchos se molestaron por eso. El día que asumió fue impresionante porque se iban los milicos, pero fue decepcionante que un asesino como Bignone entregara la banda presidencial. Pedimos que se la entregara otro, pero Alfonsín igual la recibió."



Rosa Roisinblit,
Abuelas de Plaza de Mayo

"Ese día me fui a votar muy temprano, con la esperanza de que podríamos de una vez por todas terminar con la dictadura, que ya daba sus últimas boqueadas, como la guerra de Malvinas que terminó mal para ellos y para nosotros. Voté en un colegio comercial que está en Congreso, por Riobamba cerca de Córdoba. A la tarde estuve en familia porque era domingo, más cerca de los míos que del trabajo porque durante todos esos años estuve como un soldado en Abuelas, dentro del país y viajando por el mundo entero, llevando la voz de las Abuelas. Son 25 años de esta era constitucional, no la llamo democracia, que para mí es otra cosa, no se transforma de un día para otro con un voto, se construye día a día. Pero no quiere decir que no me sienta orgullosa de 25 años sin golpes de Estado, me llena de satisfacción. Cuando empezó el escrutinio una se daba cuenta de que el deseo se cumplía, y salí a bailar y cantar en la calle. No voy a decir a quién voté, lo importante era que ganara un partido elegido por el pueblo y se cumplió. Era suficiente motivo para festejar, caía la dictadura que ya venía tecleando. Estaba con mis hermanas Clara y Solita, y con mi nieta Mariana Pérez, que era chiquita. Seguimos todo por televisión y luego hablamos con gente de otros organismos de derechos humanos, con otras abuelas. Se venía una etapa para profundizar la tarea ya iniciada y en poco tiempo nos favoreció el presidente que mandó un proyecto de ley al Congreso para la creación del banco de datos genéticos. Habíamos pedido audiencia, nos recibió y fuimos con planteos muy concretos. Sabíamos que estaba la esperanza de poder formar el mapa genético con la sangre de los familiares, era la herramienta que necesitábamos para identificar a nuestros nietos. Esa fue una de las tantas cosas que fuimos a plantear. Así lo hicimos con los demás gobiernos que siguieron, que también nos recibieron y nuestros pedidos, a veces exigencias, fueron aceptados."



Producción: Diego Martínez y Adriana Meyer.

El día esperado

Los testimonios de personalidades de la cultura

Luis Felipe Noé,
artista plástico

"Yo estaba en Europa en ese momento, vivía en París. Ahora creo que se puede votar en el extranjero pero en aquel entonces no, y tenías que ir al consulado a justificar por qué no votabas aquí. Me acuerdo que la cola era larguísima y era como una fiesta: toda la gente estaba contenta, todo el mundo estaba muy esperanzado. Hacían la cola para decir 'No podemos votar' pero con el entusiasmo como si fuesen a votar. Y yo también lo viví como todo el mundo: con mucha esperanza. No voté por lo que digo, pero en ese momento hubiera votado por Alfonsín. Para mí significó lo mismo que para todos los argentinos, salvo los partidarios de la dictadura: un gran alivio."



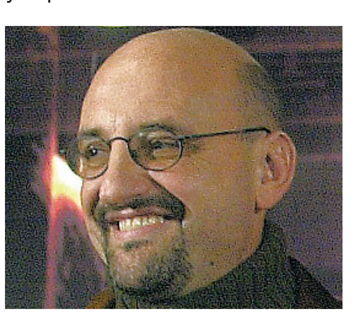
Carlos Ulanovsky,
periodista

"La jornada de votación creo que fue la última vez que vi a la Argentina tan feliz y yo adentro de ella. Además, hacía unos meses que me había reincorporado a la vida en Argentina porque viví en México hasta enero del '83. En ese mes volvimos. Yo había entrado a *Clarín* y para el día de la votación le hice una entrevista larga a María Elena Walsh que se llamaba *La joven sabia de la tribu*, justamente contando desde ella lo que me parece que era la síntesis del sentimiento de ese momento: la esperanza. En ese momento, el sentimiento colectivo era el de la esperanza."



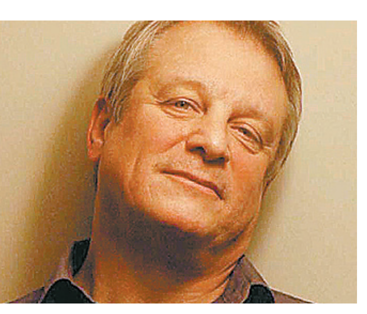
Gabriel "Puma" Goity,
actor

"Fui a votar como quien va a la cancha un día de gloria. Tenía una euforia, una alegría, una libertad... Tenía 23 hermosos años, era estudiante de teatro y recuerdo que fui con mi pelo largo suelto y lleno de esperanzas a una escuela de Caballito. Me acuerdo que la noche anterior hicimos una fiesta con todos mis compañeros de teatro y el día de la votación también lo fue. La gente estaba de buen humor y reinaba la euforia. Lamentablemente, nunca más volví a vivir esa sensación en una jornada cívica como la que sentí en aquella de la recuperación de la democracia. Fue la primera y única vez que fui a votar con certezas y esperanzas."



Jorge Marrale,
actor

"El '83 fue un año maravilloso para la democracia pero aciago para mí porque falleció mi madre. Tengo asociada la llegada de la democracia con la muerte de la vieja. Pero más allá de que ese día estuvo teñido por ese dolor personal, me invadía una esperanza muy grande, porque se abría una etapa que iba a ser renovadora para todos. Recuerdo que después de tanto horror, se respiraba un clima hermoso: era el fin de una época y el comienzo del nunca más. Había un espíritu muy vivo en la calle. La calle nuevamente pasó a ser de la gente. Era bueno ver que la noche se había terminado. Pero lamentablemente no podía disociar el dolor de que mi madre no podía ser parte de ese momento. De todas maneras, en mi cabeza estaba latente hasta qué punto la democracia iba a tener la fortaleza para resistir a los resabios de algunos sectores. Mi generación se dirimió entre gobiernos democráticos estentorios y golpes de Estado. Hoy, por suerte, uno ya no tiene ese temor. La democracia está fortalecida."



Pepe Soriano,
actor

"Yo en ese tiempo estaba en España haciéndome un lugar en la cultura del exilio. La recuperación de la democracia la viví con mucha alegría, pero con los temores del horror en el que todavía estábamos imbuidos. Estábamos saliendo de un proceso muy doloroso, donde mucha gente como yo sufrimos mucho y tuvimos que irnos del país con total indiferencia de la población. Porque, además de los 30 mil desaparecidos, hubo todo un sector de la población y la cultura que perdimos un pedazo de nuestra vida porque fuimos desechados de la sociedad. La apertura democrática la vivimos a la distancia con mucha expectativa e intensidad, porque muchos argentinos exiliados sentimos ese día que las puertas del país se nos volvían a abrir. Más que la democracia, lo que recuperamos fue la diversidad como país, tanto como sociedad y como individuos. Ahora estamos viviendo una plutocracia que aspira a ser democracia. Es una democracia formal, con muchas libertades, pero 25 años después tenemos infinidad de dificultades para crecer, porque seguimos en manos de gente que tiene muchísimo poder. Aún hoy hay sectores que quieren imponer con prepotencia su propio pensamiento y se resisten a que podamos crecer como país."

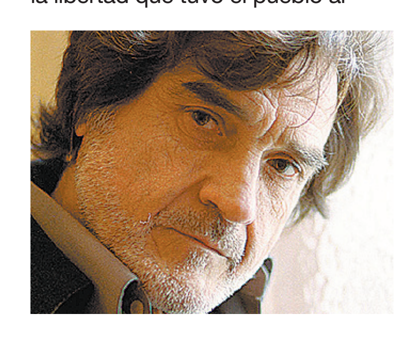
Graciela Borges,
actriz

"Voté por Alfonsín y rápidamente me fui afuera. Era un domingo que había mucho sol, mucha luz y me acuerdo que estaba muy inquieta, muy desasosegada y muy contenta. Todas las emociones juntas. Entonces, me fui en bicicleta desde mi casa en Tortugas a un lugar que se llama Village. Y le dije al portero de ese lugar que era una especie de club de campo: '¿Cómo van las elecciones?'. 'Parece que va ganando Alfonsín', me dijo él que estaba escuchando la radio. Y así fue el día, de una emoción enorme, había cánticos y alegría. La gente venía y brindaba con uno. Ese es mi recuerdo."



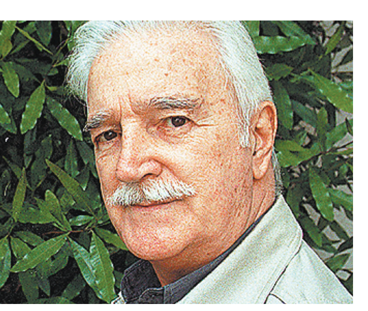
Lito Cruz,
actor

"En realidad, fue una jornada esperada por todos los argentinos: una democracia con una libertad de expresión que, en ese momento, para nosotros esperaba ser como un gran alivio para la represión que habíamos tenido individual y colectiva durante tanto tiempo. Evidentemente, Alfonsín tomó el bastón de una necesidad que teníamos todos nosotros de ir a la Plaza y gritar: ¡Viva la democracia!. O sea que a la Plaza, fuimos los alfonsinistas, los no alfonsinistas porque lo importante del acto de la asunción de Alfonsín fue la expresión de la libertad que tuvo el pueblo argentino después de tanto tiempo de represión. O sea que yo creo que es una cosa que va más allá de lo partidario, de las diferencias ideológicas y políticas, y prácticamente se transformó en una explosión emocional refrenada durante tanto tiempo por el proceso militar."



Carlos Gorostiza,
dramaturgo

"El 10 de diciembre de 1983 se inauguró una nueva época en nuestro país, llamémosle 'democrática' en oposición a la que había empezado el 6 de septiembre de 1930. Primero estuvo el fraude, luego un fraude más escondido, y al final tuvimos largos años de dictadura sin votar. Los que tenemos edad suficiente, sabemos que desde entonces se sufrieron censuras y faltas de libertades. En ese sentido, creo que en 1983 se inició una época republicana con una democracia que hoy, a 25 años, se mantiene firme, en buena parte por la fuerza que le debemos a Raúl Alfonsín por haberse enfrentado a grandes oposiciones del ejército. Es cierto que aún no se puede manejar bien la parte económica, sobre todo en el período menemista. Incluso ahora, que el Gobierno está luchando para ver cómo responder a las exigencias del pueblo y a las suyas propias, se dan estos avatares de la democracia. Yo había votado antes de la dictadura, y en ese sentido yo digo que volver a ejercer ese derecho fue como volver a aprender a leer y escribir, un 'volver a empezar' para todo el país. Ahora depende de que aprendamos a votar de una vez por todas."



Víctor Laplace,
actor y director

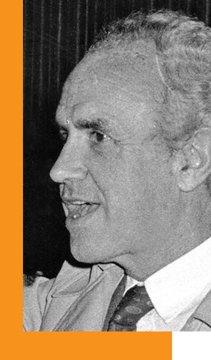
"Después de la caída de Perón, de la Triple A y de la junta militar, fue fundamental para los que volvimos poder verlo a Alfonsín. Fueron años dolorosos, en mi caso cinco años en México. Cualquier cosa que se parezca a eso es fatal y no hay como la democracia, siempre y cuando todos podamos ejercerla. Y hay que sacarse esa sensación de que con el voto se premia o se castiga; el voto es parte de los derechos y obligaciones del ser ciudadano. Recuerdo la emoción que sentí ese día, porque nuestro país se ha caracterizado por no tener un ejercicio democrático sostenido en el tiempo, una frecuencia donde la gente haya hecho y se la haya dejado hacer. Por eso también el voto no debe ser 'de castigo', o para 'el menos malo': se tiene que justificar con pensamientos y reflexiones de por qué y para qué. Eso sostendrá una democracia que, a pesar de las crisis, va dando señales de ser un estado extraordinario con el que se pueden hacer cosas potentes, piolas, mejores."



Producción: Emanuel Respighi, Luis Paz y Oscar Ranzani.

Recuerdos de Augusto Conte

El candidato de los derechos humanos



Por Laura Conte

El comando de campaña, en que funcionaron las Comisiones de Apoyo a Augusto Conte como candidato a diputado por la DC, quedaba en Pasco y Rivadavia. El lugar pertenecía a Humanismo y Liberación, corriente interna que habían fundado Carlos Auyero, Néstor Vicente, Enrique De Vedia y Augusto. En el año '83, De Vedia y Auyero se habían ido del partido. Fue Vicente quien le propuso a Augusto que se presentara a la elección, lo animó a encarnar la representación del movimiento de derechos humanos que se estaba manifestando. Ellos representaban dentro de la DC la cercanía con el peronismo popular.

La idea era llevar los derechos humanos al Parlamento y ésa fue la consigna: "Augusto Conte, los Derechos Humanos al Parlamento". Augusto perseguía una transversalidad que percibía en todos los partidos vinculada al tema de los derechos humanos. Creía que había gente en la UCR, en el peronismo, en el PI, y que esta convocatoria trascendía a la Democracia Cristiana.

La campaña se hizo con la preocupación grande de un cálculo muy justo. Augusto llevaba un lápiz y papelitos en los que calculaba las posibilidades de llegar al piso que hacía falta: 74.700 votos. "Hay que buscarlos y contarlos uno por uno" y era lo que hacían. Fue una campaña hecha con mucha solidaridad, con inteligencia, con poca plata y con una mística enorme.

Había que evitar que se legalizara la impunidad de los crímenes contra la humanidad del terrorismo de Estado de la dictadura cívico-militar y las atroces violaciones a los derechos Humanos. También fue importante en su plataforma el plano económico, después del saqueo y endeudamiento del país que habían llevado a cabo.

El día de la votación lo vivió como un tiempo de realización de sueños, no sólo por llevar los derechos humanos al Parlamento sino por la llegada de la democracia. "Este logro, más que de un partido, más que de una alianza, es el de una bandera, la bandera de los derechos humanos; no podemos reducir su trascendencia sino compartirla", fue lo que dijo cuando alcanzó la banca. Su idea era que en el Congreso encontraría apoyo en los partidos mayoritarios. Por eso impulsó, representando a todos los organismos de derechos humanos, la creación de una comisión investigadora bicameral para investigar los crímenes de la dictadura, para darles dimensión política e institucional y para definir que la democracia se establecía con verdad y justicia y que esto era esencial para el futuro del país.

Augusto vivió ese día con mucha alegría, fue a votar abrazado a Julián, su hijo menor, pero también su preocupación era grande, sabía que no iba a ser fácil. Votar, el hecho de votar, era una fiesta.

Augusto era abogado, creía en las instituciones, nunca imaginó que llevar a su hijo a la conscripción significaría no verlo nunca más. Fue un hombre íntegro, solidario y valiente que vivió y murió defendiendo sus principios.

Por David "Coco" Blaustein

Al aeropuerto de Ezeiza fueron a buscarme mi hermano Eduardo y mis entrañables amigas Liliana y Silvia, compañeras del exilio ya retornadas. A esa hora de la tardecita, Alfonsín anunciaba desde el Obelisco que con democracia se come y se educa. Quizá no haya recuerdo visual más fuerte después de 7 años de ausencia que la impresión que me causó la altura de la puerta "de la casita de mis viejos": como si fuese de Blancanieves.

Al día siguiente marché a la 9 de Julio para el cierre de la campaña de Luder. El Bagual, Pancho, el Yuyo. Cacho, el compañero de la DGI. Los que se habían quedado y vivido el exilio interno se mezclaban con los sobrevivientes de la contraofensiva y los retornados de México y España.

La peor sensación del regreso era esa dificultad de "procesar" todo lo que a mil por hora registraba la retina, pero que no asimilaba el corazón ni aclaraba la mente.

El jueves, a la plaza a ver a las Madres y no poder llorar. Nada. Ni una lágrima. Excitación, ansiedad y angustia.

Luego uno de los encuentros más difíciles. Pasar por el local de Humanismo y Liberación de Rivadavia y Pasco a encontrarse con Augusto Conte, el padre del "Africano" secuestrado por la Marina a la salida de la base naval de Punta Indio.

El encuentro con Augusto padre era el reencuentro con todos los padres de todos los amigos desaparecidos. "Darse explicaciones." Fuimos con Mariano –sobreviviente de la colimba del '76 y del atentado montonero a la Secretaría de Planificación, vivo por milagro–, entrañable amigo de todos, a quien un puto tumor se llevó el año pasado.

Ahí estaba el candidato de los derechos humanos. Con su pantalón azul, mocasines y acostumbrada camisa a cuadros saludando a los setentistas, padres y nuevos militantes que lo reconocían a la vera del cordón. Un largo y entrañable abrazo nos confundió.

El 30 de octubre voté por Luder-Conte y a la tardecita partí para el local de la Democracia Cristiana de Congreso, a media cuadra de Entre Ríos.

La boca de urna todavía no existía, así que la ansiedad era enorme. El tiempo transcurrió con más abrazos de compañeros, entre charlas con los otros hermanos Conte. Gonzalo y Fernando, que era quien iba y venía tratando de cerrar circunscripciones, circuitos y el reencuentro con Laura Conte hija. El '76 la había dejado como estudiante secundaria y Julián –el gurrumín de los Conte–, en guardapolvo de primaria.

Llegada la noche, apareció la imagen más brutal del '30. Decenas de autos que venían del Comité Nacional de la UCR gritando "¡Y dónde están que no se ven los que votaron por la V...!".

Un verdadero aluvión zoológico de Fiat 600 nos decía que el peronismo de Isabel y las tres A, sumado a la represión dictatorial, nos cambiaría para siempre y habían generado un alfonsinismo convertido en vendaval, por lo menos en ese momento.

Adentro los votos por Augusto venían en cuentagotas. La sociedad argentina no quería saber de los desaparecidos, decían unos. Que no, que fueron a parar a la UCR, decían otros. O al PJ, opinaban los menos. O al PI. Pero no llegábamos.

Terminamos a la madrugada en el Centro Cultural San Martín, donde el escrutinio recién le entregó la victoria muy, muy tarde. Casi para no disfrutarlo.

En la Première antigua volví a disfrutar un glorioso submarino con medialunas con el ya electo diputado nacional Augusto Conte. Me convenció de ir a dormir a su casa y me tocó la cama de "Augustito", como le decían ellos. Para aumentar la confusión y las sensaciones. O quizá para prolongar el afecto y la memoria.

Antonio Cafiero, un protagonista del peronismo cuenta qué pasó en el '83

"Aparecé lejos de los sindicalistas"

Una semana antes de las elecciones, un encuestador le había mostrado a Cafiero que Luder perdía. El dice que anticipó ese desenlace cuando consagraron a Herminio Iglesias para la gobernación bonaerense. La derrota como paso a la renovación.

Por Nora Veiras

Con apenas 29 años acompañó el apogeo del primer peronismo y a los 86 atesora toda clase de recuerdos. "Te voy a mostrar una reliquia", anticipa y descubre el paño que cubre un maniquí. "Es la chaqueta que usó Perón en su último discurso, cuando dijo: 'Me llevo en mis oídos la música más maravillosa, que es la voz del pueblo argentino'." Un mes después Perón moría. Nueve años más tarde, arrasado por la dictadura, sin un líder, el justicialismo se enfrenta al fracaso en las elecciones del '83. Antonio Cafiero permite escudriñar la historia de esa derrota. "Aparecé lejos de los sindicalistas, viejo. Son grandes compañeros y los queremos mucho, pero en este momento son piantavotos", cuenta que le dijo a Italo Luder una semana antes de los comicios. Nada cambió y Raúl Alfonsín logró lo que parecía impensable: convertirse en el primer presidente del retorno a la democracia.

–¿Cuál es la primera imagen que recuerda cuando se retrotae veinticinco años?

–El hecho bisagra que catapulta la democracia en la Argentina: para mí no fueron sólo las elecciones del '83 sino la Semana Santa de 1987. Ese día decidimos acompañar al presidente de la República, repudiar el golpe de Estado que estaba en ciernes e irnos a Campo de Mayo a pedir la rendición de los sublevados. No que concluyeran el motín para dar lugar al cambio de gobierno, sino a que dejaran las armas, porque todo el pueblo y tanto el gobierno que se sentía amenazado como la oposición representada por mí y por la renovación peronista venían a decirles al país y al presidente que nosotros estábamos con la legalidad del gobierno constitucional.

–Ese fue el momento de afianzamiento.

–Si ese día no se toma esa actitud, hoy no estaríamos hablando de 25 años de democracia. No todos los peronistas fuimos a la Plaza, algunos dirigentes que después ocuparon altísimas posiciones institucionales y republicanas se fueron a sus provincias esperando el desenlace.

–¿Se acuerda de alguno en particular?

–Eso lo podés imaginar vos.

–Retrotraigámonos al '83. Usted había sido uno de los posibles candidatos a presidente del PJ. ¿Cómo recuerda el momento de la consagración de Luder?

–A Luder lo elegimos en una piecita del teatro Odeón cinco tipos: Luder, Bittel, Herminio Iglesias, Lorenzo Miguel y el que te habla. Se suponía que todos los que estábamos ahí aspirábamos a algo. Bittel de entrada rompe el silencio diciendo que él no es candidato a presidente, que él se conforma con la vicepresidencia. Toma la palabra Lorenzo, que era el más poderoso en términos de poder interno, me mira y me dice: "Antonio, vos sabés lo que te queremos, los muchachos sabemos que siempre estuviste, siempre nos acompañaste, pero en este momento creemos que el que debe ser candidato es Luder". Bueno, le digo yo, si he venido a someterme al juicio de ustedes, acepto, no tengo ningún inconveniente. Entonces Lorenzo dice: "Y en la provincia de Buenos Aires..." Ahí se levanta Herminio y dice: "Yo no voy a tolerar ni a admitir que acá se discuta la candidatura a la gobernación de Buenos Aires, eso lo voy a decidir yo como jefe del partido y yo voy a ser el candidato". Luder empalideció, Lorenzo Miguel miró para otro lado, yo bajé la cabeza y le digo despacito –no sé si a Luder–, "con esta decisión perdemos la elección nacional".

–¿Por qué tuvo esa sensación?

–Porque conozco, conocía que Herminio, a quien respetaba por otras cosas, no era el hombre para ese momento. Salí de esa reunión y le mandé una carta a Darío Alessandro, uno de nuestros líderes más enjundiosos, y le digo vamos a perder porque estamos utilizando una metodología violenta que ya el pueblo argentino no acepta más, hay que democratizar el partido, tenemos que tomar decisiones por la voluntad de los afiliados y no por el grupito que las tomamos, calculá que esto no es democracia, ¡¡¡cinco tipos!!!

–Se formó una comisión de acción política para la campaña...

–Sí, yo participé porque, claro, era el candidato del partido, ¡cómo no lo iba a apoyar! Yo tenía por Luder un alto concepto. Participé pero no mucho. Nosotros no teníamos una idea nueva que ofrecer, ésa era nuestra gran carencia.

–¿Cómo veía a Alfonsín en ese momento?

–Lo veía como un gran rival, capaz de reconstruir la institucionalidad del país, un hombre convencido de la democracia, republicano, sabía que había sido un antiperonista feroz, pero para mí no era descalificativo. Además convocaba a miles de personas; hicieron un acto casi superior al nuestro en la 9 de Julio.

–Al día de hoy, cuando se repiten las imágenes de campaña, se confirma la idea de que Luder no parecía un candidato peronista. ¿Usted cómo lo sentía?

–Yo también sentía lo mismo, pero no se lo podía decir. El fin de semana previo a la elección, alguien me llamó y me dijo: "Mirá, Antonio, hay un encuestador que viene de España que acertó milimétricamente unas elecciones –creo que por la presidencia–, hizo sus encuestas y tiene la información de que ustedes pierden la elección. "¿Y cómo se llama?", le dije, Julio Aurelio. Me insiste para que lo escuche. Cancelo el fútbol con mis amigos y lo recibo. Empezó a desplegar una cantidad de planillas y me empezó a demostrar que efectivamente perdíamos la elección y que perdíamos en la provincia de Buenos Aires.

–Es decir que perdían.

–El lunes fui a ver a Luder y le digo: "Mirá, Italo, te tengo que decir la verdad, acá un encuestador de primera línea me dice que perdemos". "También lo sé", me dijo. "Pero tenemos que hacer algo, nos queda una semana, armemos dos o tres grandes actos y, en primer lugar, aparecé lejos de los sindicalistas, viejo. Son grandes compañeros y los queremos mucho pero en este momento son piantavotos."

–Alfonsín había denunciado el pacto militar-sindical.

–Claro. Le digo por qué no hacemos un acto sólo de políticos. No pasó nada. Llegó el día de la elección, teníamos el cuartel general en el hotel Colón. Estábamos todos ahí los compañeros, empieza el escrutinio y me acuerdo de que Darío Alessandro, que era un tipo muy sensato, decía: "No se preocupen, van a ver que cuando entre el Gran Buenos Aires acá se acaba esto de Alfonsín". Empiezan a dar cifras de Matanza y ahí ganaban también los radicales, ya entonces el espanto empezaba a cundir. Perdemos la elección. Había que reconocer la derrota, no había un solo tipo capaz de enfrentar las cámaras, quién les decía a los peronistas esa noche que habíamos perdido. Hasta que con Miguelito Unamuno decimos: "No hagamos papelones, salgamos y reconozcamos la derrota".

–La derrota, en definitiva, dio paso a la renovación...

–La derrota provocó un cambio en el peronismo. Esta dirigencia que había sido nominada a dedo, sin una consulta a los afiliados, demostró su incapacidad y tuvo que arrastrar la primera derrota electoral del peronismo. Así decidimos fundar la renovación peronista, ¿qué queríamos? Democratizar el partido, el peronismo seguía atado a esos prejuicios del pasado en que sólo un grupito, verticalista, nominaba a los candidatos, a las autoridades del partido. Dijimos: o nos dan elecciones internas o nos vamos del partido.

–Y se fueron del partido.

–Me fui, pero dije que en cuanto me abran las puertas de una elección interna vuelvo. La renovación triunfa en las elecciones parlamentarias del '85, en la provincia de Buenos Aires le ganamos tres a uno a la gente de Herminio Iglesias. Yo recibo propuestas de muchos políticos y de fundaciones de afuera para que no vuelva al peronismo y forme otro partido porque con eso yo pasaba a ser la gran figura nacional. Me negué, yo soy peronista. Gané la interna y me eligieron candidato y presidente del PJ de la provincia.

–¿Cómo fue la convivencia con el peronismo derrotado?

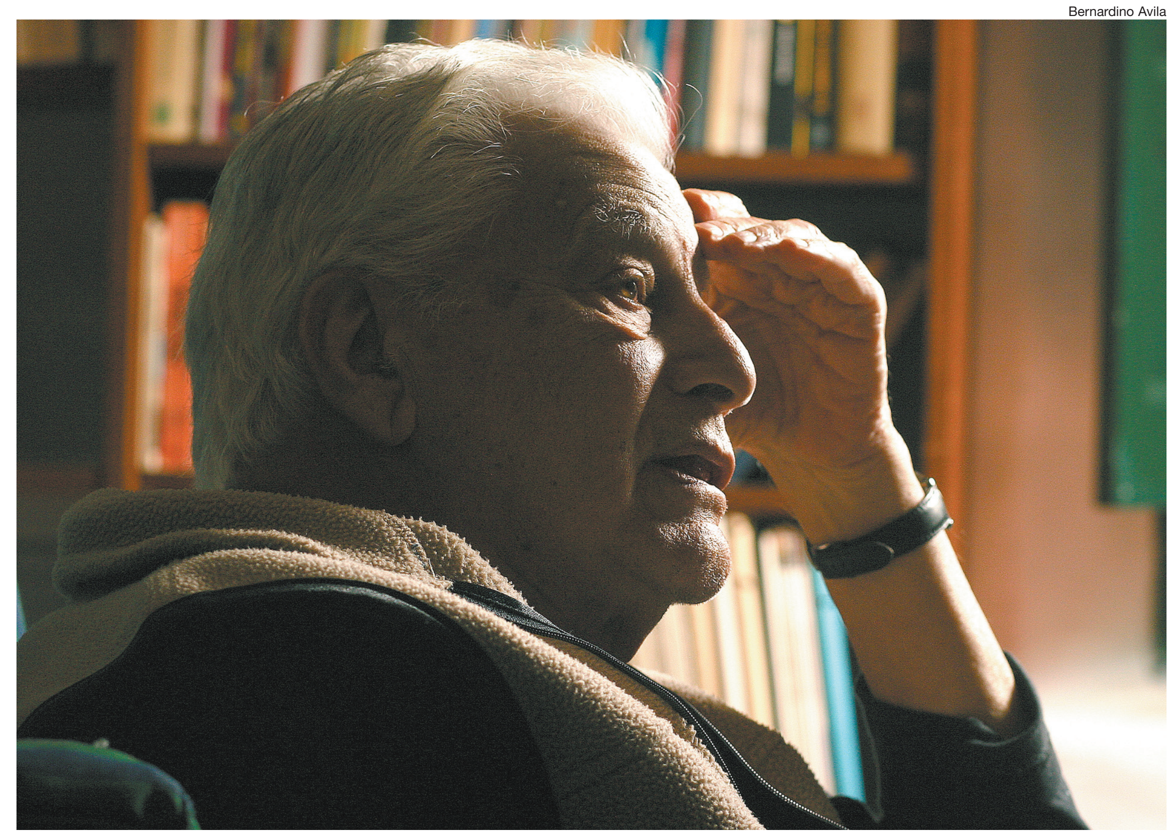
–Y... fue violenta. Herminio era más vocinglero que efectivo, nunca sacó un revólver, pero amenazaba, me dijo: "Si te llegás a meter en la interna de la provincia va a correr un río de sangre de Avellaneda a San Isidro". Pero después no pasó nada.

–En esos primeros años de democracia, los militares conservaban poder. Luder había dicho que reconocería la autoamnistía, ¿cómo jugó ese discurso en la derrota?

–La renovación no, la renovación, por mi intermedio, dijo que este problema se resuelve con verdad y con justicia. La verdad la queremos saber y que después intervenga la Justicia. Yo no voté las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y conmigo muchos renovadores. Era muy compleja la cosa, hoy es fácil pensar que eso es lo único que cabía. En aquel momento estaban muy fuertes todavía las Fuerzas Armadas. Lo importante que rescato es que después de Semana Santa, mis relaciones con Alfonsín fueron cordiales.

–Usted suele definir el peronismo como un sentimiento, pero es un sentimiento que se adecua a distintos amores, es medio veleta...

–Siempre defino el peronismo como algo que no se reduce a una doctrina o a una ideología, es algo más, es una cuasirreligión. Es un sentimiento, una pasión. Ser peronistas es que creemos en un símbolo, tenemos nuestra liturgia, nuestros fundadores, sabemos que hemos hecho cosas grandes por el país, pero también macanas. Esto último lo empezamos a reconocer un poquito tarde, pero en fin.



Bernardino Avila

El ex ministro, ex diputado, ex senador y ex gobernador Antonio Cafiero.

Por Fernando Cibeira

En una elección extremadamente polarizada como fue la de 1983, el Partido Intransigente se quedó con el lugar de la tercera fuerza, gracias a la estrategia de plantear la fórmula Oscar Alende-Lisandro Viale como una alternativa por izquierda a la hegemonía PJ-UCR. Ese tercer lugar le sirvió como trampolín al millón de votos que conseguirían dos años después en las legislativas de 1985. Además, abrió una brecha –la del partido de centroizquierda "nacional y popular"– que años más tarde ocuparían, incluso con más suceso, el Frente Grande y luego el Frepaso.

El PI obtuvo el 2,34 por ciento (unos 350 mil votos) y cuatro bancas para diputado nacional. El tercer puesto, bastante lejos de las dos principales fuerzas, no dejó conformes a muchos de los integrantes de "la patota del Doctor". "Es que las encuestas nos daban mejor", explica Oscar Valdovinos, dirigente histórico del PI que hoy ocupa un puesto en el directorio del Banco Provincia. Y no era un problema de números mentirosos, sus sondeos también le daban por encima. Según Valdovinos, el problema era que la ciencia de las encuestas recién comenzaba a desarrollarse y confundían imagen positiva e intención de voto, una confusión que Alende sufriría toda su vida.

Valdovinos recuerda una anécdota de aquella época de campaña. "Teníamos que ir de una provincia a la otra y nos subimos a un avión de apuro, cuando ya estaba todo el mundo sentado. Bastó que la gente viera aparecer a Alende para que empezaran a aplaudirlo. Cuando nos ubicamos en nuestros asientos, el Doctor me miró y me dijo: 'Nunca entenderé por qué estas personas que me aplauden no me votan'."

El cierre de campaña fue en Pla-

Aldo Neri recordó la intimidad del triunfo electoral

"Alfonsín estaba seguro de que ganaba"

Por Santiago Rodríguez

El ex ministro de Salud y Acción Social estuvo entre los pocos que esperaron el resultado junto al ex presidente. Fue uno de los primeros que le acercó datos de la victoria. Sus recuerdos de aquel 30 de octubre de 1983 y de los días de campaña.

Cuando Aldo Neri conoció a Raúl Alfonsín a principios de los '70, ni siquiera era radical y no se le cruzó por la cabeza que una década más tarde compartiría en la intimidad su triunfo electoral. Menos aún, imaginaba que aquel 30 de octubre de 1983 sería uno de los primeros en transmitirle a Alfonsín que estaba ganando en la mayor parte del país porque de casualidad atendió el teléfono de la quinta de Boulogne, donde aguardaron el resultado de las elecciones y un periodista le pasó el dato. "Se lo veía tranquilo y preocupado al mismo tiempo; no estaba muy conversador, sino más bien callado", relató a **Página|12** quien fuera el primer ministro de Salud y Acción Social tras el retorno a la democracia. Neri evocó, además, varios tramos de la campaña y recordó que lo más emotivo fue el multitudinario cierre en la 9 de Julio.

–¿Dónde estuvo usted el 30 de octubre de 1983?

–No recuerdo dónde estuve al principio del día, pero sí que a cierta hora fui con mi mujer a la quinta en Boulogne donde estaba Alfonsín y nos quedamos ahí a esperar los resultados.

–¿Quiénes estaban?

–Estaba la familia de Alfonsín, los hijos, los más íntimos; me acuerdo de algunos: Bernardo Grinspun, Raúl Borrás...

–O sea los integrantes del grupo más cercano a Alfonsín.

–Sí, del grupo original, digamos.

–¿Qué otros estaban en ese grupo?

–Germán López, Jorge Roulet. Algunos años después se incorporó Dante Caputo. En los '70 nos reuníamos semanalmente con Alfonsín; era una especie de gabinete de discusión de temas políticos.

–¿Dónde se juntaban?

–Al principio, en el living del departamento de la mamá de Alfonsín, que es el mismo donde él vive ahora. Nos tenía una santa paciencia, pero después el grupo creció, éramos una molestia y decidimos irnos a otro lugar. Recalamos en Lalín, ese club social de un grupo gallego que está en la calle Moreno.

–¿Cuándo empieza el camino que termina con la llegada de Alfonsín a la Casa Rosada?

–En los '80; entre el '81 y el '82. El Movimiento de Renovación y Cambio ya había cobrado mucha fuerza y se hace convocante. Llegó un momento en que Alfonsín ganó las internas y asumió la presidencia del partido, proyectado como candidato de una apertura que a partir de Malvinas se vio venir como inevitable.

–¿En qué momento se dieron cuenta de que Alfonsín ganaba las elecciones?

–En esa época estaba muy instalada la idea de que no se le podía ganar en elecciones al peronismo. Había muchos radicales que eran escépticos, pero Alfonsín estaba seguro de que ganaba, percibía que tenía una receptividad popular muy grande, incluso donde el radicalismo no ha tenido penetración habitual.

–¿Qué tenía ese Alfonsín candidato que lo hacía llegar adonde otros radicales no habían llegado?

–Lo principal era que tenía razón. Además, interpretó cabalmente la necesidad social de aquel momento. Tenía razón en su propuesta hacia delante y en las cosas que condenaba hacia atrás y eso interpretaba el sentimiento del pueblo argentino. La sociedad estaba muy cansada de las mentiras y en eso la experiencia de Malvinas fue muy definitoria porque al pueblo se lo engañó. La dictadura fue de las peores de América latina en términos de eficacia y de gestión; eso también la gente lo sentía. La gente vio en Alfonsín al hombre que proclamaba la vuelta de la paz y la erradicación de la violencia como manera de dirimir nuestras diferencias, y al hombre que propugnaba el estado de derecho y que justicia quisiera decir algo en la Argentina; por eso aquello de "somos la vida, somos la paz", que decía la juventud en la campaña.

–¿Qué recuerdo tiene del Alfonsinazo en Ferro?

–Primero fue el acto en Castro Barros, en la Federación de Box. Si bien fue más chico, hubo mucho fervor. Después vino Ferro y se vio que la puerta estaba abierta para ganar.

–¿Cómo vivió el acto de cierre de campaña en la 9 de Julio?

–Nunca más viví un acto como ése, con un millón de personas. Al principio, subimos con mi mujer al noveno piso de un edificio de un edificio sobre Carlos Pellegrini y después bajé y lo caminé. A mí me conmovió porque fue una característica de todos los actos de campaña, pero ahí fue masivo, venían las familias completas. La campaña fue alegre y los actos eran optimistas. No había temor ni un ambiente de agresión.

–¿Tuvieron algún miedo de que hubiera fraude?

–No de un fraude en escala. El gobierno militar era de palo y lo mejor que podía hacer era tratar de garantizar la transparencia.

–¿Qué se acuerda de la espera de los resultados?

–Que el teléfono sonaba todo el tiempo y atendía el que estaba cerca. En un momento, acababan de terminar los comicios, suena el teléfono y atiendo yo. Era Neustadt y me dice: "¿Ustedes saben que están ganando en la mayor parte de los lugares?". Corté, fui y se lo dije a Alfonsín.

–¿Cómo vivió Alfonsín ese momento?

–Se lo veía tranquilo y preocupado al mismo tiempo; no estaba muy conversador, sino más bien callado.

–¿Cómo fue su primera charla a solas tras la victoria?

–Me acuerdo de dos momentos, pero no a solas, sino ya en el gobierno. Uno cuando Alfonsín transmitió que había que tener iniciativas lo más rápido posible que le dieran a la gente la convicción de que la paz y el estado de derecho no venían solos, sino también con solución para muchos problemas de la vida diaria de la gente. El otro, uno de los momentos más emocionantes para mí, fue la firma del decreto acuerdo, o sea firmado por todos los ministros, que enviaba a juicio a las juntas militares y a la cúpula guerrillera. Era la sensación de que estábamos protagonizando un acto simbólico de reparación histórica.

–¿Y cuál fue el momento de más emoción de la campaña?

–El discurso de cierre de Alfonsín en la 9 de Julio, con el Preámbulo que todos esperaban.

–¿Cuándo conoció a Alfonsín?

–En el '70 o '71. Yo no era afiliado radical; era independiente de centroizquierda de toda la vida, politizado pero no militante. Lo conocí a través de Jorge Roulet y de Antonio Napoli, quien después fue presidente del bloque radical del Senado, porque al recibirme me fui de médico rural a un pueblito perdido en la meseta patagónica y él era médico en el pueblo vecino. Napoli fue fundador de Renovación y Cambio en Río Negro. Alfonsín no tenía a nadie que conociera un poco el campo de la salud, yo venía con una trayectoria intensa y con cierto prestigio académico, y me invitó a trabajar con él. Me afilié un año y medio después de conocerlo.

–¿La democracia hoy es la que imaginaron con Alfonsín hace 25 años?

–En el campo político-institucional hemos avanzado bastante. Por lo pronto, el pueblo critica y tiene la peor de las opiniones sobre el sistema político, y en parte tiene razón, aunque hemos incorporado culturalmente que este sistema es malo pero cualquier otro es peor y que éste es el único camino que nos puede dar una convivencia civilizada. La economía en estos 25 años no despegó y en lo social hemos empeorado.

Guadalupe Lombardo



Aldo Neri integró el grupo más cercano a Raúl Alfonsín y fue parte de su primer gabinete.

El PI de Oscar Alende fue la tercera fuerza

Aquella patota del Doctor

za Once, que a partir de allí se convertiría en un lugar emblemático para los actos del PI. Juntaron 50 mil personas, una cifra hoy inalcanzable para la mayoría de los partidos políticos. La convocatoria se convirtió en mítica para la militancia: con los años, todos decían haber estado aquella tarde frente a la Plaza Miserere. "Es que teníamos mucha juventud, nuestros afiliados eran jóvenes que se movilizaban", explica Raúl "Copete" Rabanaque Caballero, electo diputado por el PI en Capital Federal en 1983 y que luego daría varios volantazos en su carrera política.

La convocatoria tenía mucho de desafío: era la primera vez que el Partido Intransigente concurría solo a una elección. Era una fuerza que tenía su origen en varios desprendimientos. Primero, cuando la UCR se dividió en la UCR del Pueblo y la UCR Intransigente, que comandaron Arturo Frondizi y Alende, proclive a acordar con el peronismo proscripto. Años después, Frondizi se abrió y formó el MID. En 1972, la dictadura de Lanusse resolvió que la única UCR era la tradicional Del Pueblo. La UCRI, entonces, se convirtió en PI.

Las referencias ideológicas eran al radicalismo yrigoyenista, el del grupo Forja de Arturo Jauretche y Gabriel del Mazo y sus continuadores como Moisés Lebensohn, cercano al peronismo. "El Bisonte" Alende, aun antes de que lo propalara Raúl Alfonsín, fue un entusiasta de la idea del Tercer Movimiento Histórico, continuador de la línea Yrigoyen-Perón.

Pero con el retorno democrático se sumaron al PI varios desencantados de izquierda. Llegaron del comunismo, del socialismo y de "ambas vertientes guerrilleras que actuaron en los setenta", según recuerda un dirigente veterano. El PRT, brazo político del ERP, se integró masivamente. Esa conformación que combinaba una línea de izquierda "dura" con otra más de centroizquierda o socialdemócrata generarían varios choques internos, principalmente a la hora de definir las políticas de alianzas.

Con las datos que confirmaban el triunfo de Raúl Alfonsín, el PI distribuyó un comunicado con un reclamo velado de renovación para el PJ. "Esta no es la derrota del justicialismo de Perón y Evita, sino de una dirección partidaria donde hay algunas figuras escasamente representativas del peronismo histórico, como es el caso de Lorenzo Miguel. Nosotros no tenemos diferencias con sectores como la juventud radical ni con el pensamiento yrigoyenista, como tampoco con el pueblo peronista, aunque sí con Isabel Perón y Lorenzo Miguel."

En 1985, con Alende como primer candidato en provincia de Buenos Aires, el PI se afianzó como la tercera fuerza de los años ochenta. Pero lo que dentro del partido se tomó como un segundo escalón tras el objetivo de una mayoría de nuevo signo terminó siendo su techo. En el '87 padecieron la irrupción de la renovación peronista y en las presidenciales del '89 decidieron aliarse a Carlos Menem. Alende falleció en 1996 siendo diputado. Lo que quedó del PI formó parte de los armados que transitaron su misma huella, como el Frepaso, y hoy integra el kirchnerista Frente para la Victoria.

PAGINA/12 / JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2008

La publicidad política como novedad en la campaña de un ganador

El marketing que acompañó al candidato

Por Victoria Ginzberg

Los símbolos que identificaron a Alfonsín. La estrategia de campaña. La entrega y confianza en un publicista. Las movilizaciones. El peronismo, sus símbolos tradicionales y su poca fe en la televisión.

El óvalo con la sigla R A, el Preámblo de la Constitución Nacional, el slogan "Ahora Alfonsín" y el saludo a la distancia fueron algunos de los símbolos que identificaron a Raúl Alfonsín en su carrera hacia la presidencia en 1983. Esa campaña, entre muchas otras cosas, marcó un cambio en términos de publicidad política. "Fue el nacimiento de una nueva comunicación. Lo novedoso fue que un político muy típico del siglo XX, de la tradición del comité, haya confiado en la comunicación política televisiva y en la publicidad como herramienta", señala el politólogo Luis Alberto Quevedo.

"La democracia se recuperó desde la calle, el '83 y el '82 fueron años de muchas movilizaciones. La política retomó el escenario perdido en la década del '70 y el peronismo confió en sus tradicionales lenguajes, los de la plaza, la calle", analiza Quevedo. Fueron épocas de actos multitudinarios en serio. Alfonsín, que arrancaba con desventaja en ese terreno, se propuso recorrer el país y sus convocatorias, los "Alfonsinazos", como al parecer los bautizó Enrique Nosiglia, comenzaron a entusiasmar a su equipo de campaña.

Con este panorama, sin embargo, el candidato del PJ, Italo Argentino Luder, parecía tener la victoria servida en bandeja. Así lo creían los peronistas y muchos radicales. Alfonsín fue el primer convencido de que podía dar la pelea y confió en la publicidad para que lo ayudara a descontar los cuatro o cinco puntos que, según sus números, lo separaban del que todos daban por ganador. La actitud del candidato radical fue decisiva, ya que aun cuando los números de las encuestas le permitían entusiasmarse, no muchos daban crédito a esa otra herramienta que se popularizó en esas elecciones.

El cambio

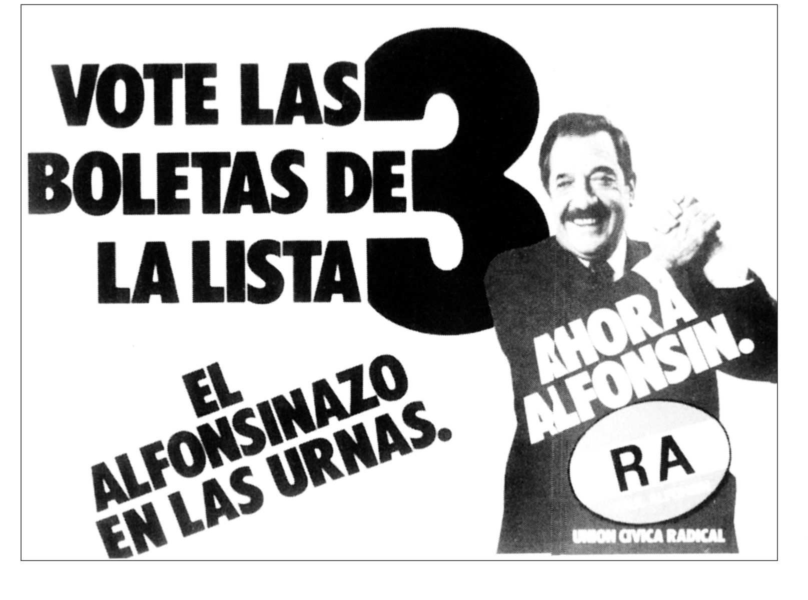
"Hasta 1983, el desempeño publicitario de los políticos argentinos no fue muy lucido y, en particular, el correspondiente a 1973 resultó negativo para los que se inclinaban por el empleo de anuncios en los medios masivos, debido a que el candidato triunfador demostró no necesitarlos. Los mejores argumentos a favor del uso de la publicidad y en general de la profesionalización de las campañas había que buscarlos fuera, especialmente en Estados Unidos, donde Ronald Reagan era considerado en esos momentos el epítome del candidato electrónico", dice Alberto Borrini en su libro *Cómo se vende un candidato* (La Crujía).

La campaña de Alfonsín fue dirigida por el publicista David Ratto, un radical sin militancia partidaria que había conocido al candidato presidencial durante la campaña de Arturo Illia. Ratto no quería comprometer a su agencia y buscó el apoyo de otros miembros del Círculo de Creativos que ya habían decidido votar a Alfonsín, como Gabriel Dreyfus y Marcelo Cosín. "Los avisos tuvieron dos aspectos muy definidos: un Alfonsín tranquilo, que le explicaba las cosas a la gente con la bandera argentina de fondo, como si ya fuera presidente, y otros spots que eran parte de los actos de campaña", cuenta Dreyfus.

"Tuvimos tres marcas: el abrazo, que fue mérito de Ratto y cuyo éxito se veía en los actos, donde la gente saludaba como Alfonsín; el 'Ahora Alfonsín', que lo acercó el dramaturgo Carlos Gorostiza y el óvalo con la sigla RA, que lo hizo el diseñador Palito González Ruiz... y alguno señaló que teníamos suerte de que el candidato no se llamara Ubaldo Saúl. Creo que el éxito de Alfonsín se debió en un 50 o 60 por ciento a él mismo y el otro cuarenta fue la campaña", analiza hoy Emilio Gibaja, quien fue el coordinador general de la campaña y luego secretario de Información de la Presidencia de la Nación.

Dreyfus aporta algunas anécdotas. Dice que el óvalo no les gustaba a los radicales más tradicionalistas, ya que de hecho alejaba al candidato de su partido pero que "era la campaña de Alfonsín, porque la UCR no le podía ganar al peronismo" y que las fotos del saludo llevaron su tiempo, pero que cuando estuvieron listas hubo que repetirlas porque se dieron cuenta de que en la mano izquierda de Alfonsín se veía en primer plano un reloj muy caro.

"Creo que nadie hace un presidente, pero es cierto que la campaña de Alfonsín fue muy profesional. Lo que pasó también fue que el peronismo no fue nada profesional. La juventud peronista decía 'nosotros somos la rabia' y el radicalismo 'nosotros somos la vida', otra consigna de Gorostiza. También dijimos que la votación, 'más que una salida electoral, era una entrada a la vida'. El peronismo no tenía líder y Alfonsín era una persona tranquila, pero cuando se subía a una tribuna se transformaba. También sabía que necesitaba votos peronistas para ganar y por eso no aceptó spots demasiado agresivos, como uno que yo le había propuesto que hablaba de la dictadura como continuidad del gobierno de Isabel y López Rega. El verdadero estratega de la campaña fue el mismo Alfonsín", asegura Dreyfus.



"Había un candidato que estaba convencido y otro que no. Alfonsín fue un hombre del momento y supo llegar a la gente, supo percibir el clima en la sociedad, por ejemplo cuando recitaba el Preámbulo, cosa que se le ocurrió a él", coincide Gibaja.



El peronismo

Mientras el radicalismo se aggiornaba en términos de publicidad política, el peronismo apostó por lo que consideraba seguro: su capacidad de movilización, sus incondicionales. Protagonistas y estudiosos coinciden en identificar dos dificultades primarias en la campaña de Luder. Una, el candidato no se dejaba ayudar y se negaba a ir a la televisión porque "salía mal". Dos, los candidatos peronistas a distintos puestos armaban su propia campaña como más les gustaba y eso traía aparejado mensajes confusos y hasta antagónicos.

En *Peronismo. La mayoría perdida*, Mora Cordeu, Silvia Mercado y Nancy Sosa cuentan que "un grupo integrado por Carlos Grosso, Ricardo Fabris y Carlos Funes –todos pertenecientes a la disuelta Convocatoria Peronista– entregaron a Luder un proyecto de campaña que fue aprobado por los 'cuerpos orgánicos' del partido para su implementación. Grosso tenía como idea primordial la concepción de una campaña global: 'Un conjunto de mensajes que corren por distintas vías, algunas directas y otras indirectas, que confluyen en un mismo punto que jamás se contradice'. Ni éstos ni ningún otro proyecto fue puesto en práctica. Como Luder no delegaba responsabilidades en nadie, no había autoridad para encarar función alguna. Sólo confiaba en su hijo. El candidato desvalorizaba el trabajo de los equipos técnicos. No creía que de ellos pudiera resultar una campaña efectiva políticamente. 'Demasiada sofisticación la de esta gente', pensaba. Su figura y sus ideas, a las que descontaba correctas, eran todo lo que se necesitaba". Las autoras agregan que "posteriormente, otros publicistas quisieron aportar su trabajo. Tres empresas –Equipos de Difusión, de José Albistur; el grupo de Grosso y Federico Vistalli, ligado a las 62 Organizaciones– formaron un consorcio para la campaña. Desde el comienzo, mutuas desconfianzas dificultaron el trabajo entre ellos. Para decidir estaba Ricardo Luder, cuya máxima propuesta de solución de los conflictos pasaba por repartir las tareas en partes iguales, sin discriminar calidad o conveniencia".

Es imposible cuantificar cuántos votos se debieron a la publicidad en sí, cuántos a la personalidad de Alfonsín, cuántos a la "plataforma" y cuántos a los errores peronistas. La quema del cajón que hizo Herminio Iglesias en el acto de cierre del PJ, que quedó en el imaginario popular como un hecho decisivo, no parece haber sido determinante, ya que el episodio ni siquiera fue muy difundido en el momento. Seguramente, en la mayoría de los votos –y sobre todos los que estaban por fuera de la media histórica radical– hubo una mezcla de todo eso. Asegura Quevedo: "La campaña de Alfonsín inauguró una etapa en la comunicación política al poner a la publicidad –de la que ya había hecho uso en 1973 la liberal Nueva Fuerza– como ganadora. Fue una etapa de comunicación publicitaria, que no fue igual a la videopolítica menemista. Fernando de la Rúa, luego, usó la publicidad política como único lenguaje. El lenguaje de Alfonsín, en cambio, fue el del acto, la calle, la tribuna y también el de la publicidad".

